

MANUEL NAVARRO SEVA

# ISLA PERDIDA

Los secretos del poder

La población de un país es llamada a las urnas el domingo 22 de mayo de 2016. La abstención es elevada y el voto mayoritario *en blanco*. El Gobierno de la nación, ante este resultado imprevisto, invalida la consulta para volver a convocarla más adelante, cuando la situación del país haya sido controlada, e identificados, aislados y castigados los cabecillas de la rebelión contra el orden establecido.

Julio, el protagonista principal de la novela, será detenido y encarcelado junto a otras personas en una isla deshabitada, Isla Perdida. Piensa que su detención es un error y que pronto será puesto en libertad, pero no será así. En la isla se verá envuelto en situaciones difíciles que lo llevarán incluso a matar, y tendrá que asumir las consecuencias.

Narrada desde los puntos de vista de Alberto, ministro del Interior, y Julio.

Manuel Navarro Seva

*A mis nietos Claudia y Marco  
A mi hijo Manu*

# ISLA PERDIDA

Manuel Navarro Seva

*«Mal tiempo para votar, se quejó el presidente  
de la mesa electoral número catorce...».*  
Ensayo sobre la lucidez, José Saramago

## Personajes por orden de aparición

**Julio.** Ingeniero. Protagonista principal y narrador.

**Elena.** Esposa de Julio.

**Luis.** Hijo de Julio y Elena.

**Damián.** Tío de Elena.

**Nati.** Secretaria de Julio en la empresa de telefonía donde ambos trabajan.

**Manuel.** Un policía.

**Javier.** Estudiante de quinto de Medicina, preso político.

**Alberto.** Ministro del Interior y segundo narrador.

**Mercedes.** Esposa de Alberto.

**Lola.** Secretaria del presidente del Gobierno.

**Benítez.** General del Ejército del Aire.

**Emilio.** Tesorero del partido en el Gobierno.

**Óscar.** Periodista freelance, preso político.

**Juan.** Estudiante de Derecho, preso político.

**Nicolás.** Un guardia del campamento.

**Esteban.** Entrenador de fútbol, preso político.

**Eloy.** Preso político.

**Dr. Quiroga.** Médico de Mercedes.

**El Burro.** Guardia del campamento.

**César.** Consejero de Obras Públicas de la comunidad autónoma de Centro.

**Ángel.** Policía de escolta de Mercedes.

**Menéndez.** General golpista.

**Moussa.** Inmigrante senegalés, preso común.

**Gonzalo.** Abogado defensor de Julio.

**Rosario.** Tía de Elena.

**Concha.** Prima de Elena.

## Capítulo 1. Las elecciones

22 de mayo de 2016

El 22 de mayo era domingo. Me levanté de la cama muy temprano. Elena estaba despierta.

—¿No te levantas? —le pregunté.

—Sí, Julio, ahora voy. Déjame unos minutos más.

Abrí la ventana y miré hacia la calle. Le dije:

—Hace un día espléndido, soleado, las hojas de los árboles del jardín ni se mueven. Una jornada perfecta para las elecciones.

Antes de ir a la cocina dirigí mis pasos hacia el cajón de la cómoda y busqué los sobres que la Junta Electoral nos había enviado por correo. Corté los bordes laterales y comprobé la dirección del colegio, y el número de mesa a la que debíamos dirigirnos, de esa forma no perderíamos tiempo en buscar esos datos en las listas que suelen colgar en las paredes de la entrada al centro electoral. Habíamos depositado directamente en el cubo de la basura los sobres con las papeletas que nos enviaron los partidos, el mismo día que llegaron. Un derroche. La mayoría de la gente seguro que los tira también. En mi caso, con más razón, pues tenía decidido que mi voto sería en blanco.

Elena me había dicho que no quería ir a votar en esta ocasión. Todavía no se había hecho a la idea de que nos faltaba nuestro hijo. Había pasado un año desde que murió

Luis y todavía, en ocasiones, por la noche, antes de que el sueño me venciera, la oía sollozar en la cama. Nuestra relación se enfrió después de la muerte de Luis, rara vez hacíamos el amor. Pensé que era lo normal y que con el tiempo, una vez superado el luto, volveríamos a ser una pareja normal, como éramos antes.

—¿Seguro que no vienes?

—No, prefiero quedarme en casa. ¿Para qué voy a votar?

—Como tú quieras. Yo sí iré a depositar mi voto en la urna, quiero ejercer ese derecho. Sé que no servirá de nada, pero debo hacerlo.

—La abstención también es una opción, ¿no crees? —dijo ella.

—Supongo que sí.

Se quedó en casa y yo fui a votar. Al salir a la calle encendí un cigarro. Elena odiaba el tabaco. No me permitía fumar en la casa, le molestaba el humo y mucho más el olor que lo impregnaba todo: el ambiente, la ropa, las cortinas... Insistía en que lo dejara. Solía mencionar a su tío, que murió de cáncer de pulmón. «Te pasará como a mi tío Damián», repetía continuamente. Era el único hermano de su madre, dos años mayor que ella. Para mí dejar el tabaco era renunciar a un placer del que no estaba dispuesto a prescindir, al menos por ahora, ya lo intentaría más adelante. En ocasiones fumaba a escondidas, en la terraza del salón, o bajaba a la calle con alguna excusa. Al volver me decía: «Has fumado». Yo miraba al suelo sin decir palabra, como un niño al que han reprendido.

Cuando llegué al colegio había poca gente aún. Me aproximé a las mesas donde estaban apiladas las papeletas electorales y los sobres. Cogí uno de color sepia y otro blanco, y los cerré sin meter ninguna papeleta. Miré las indicaciones colocadas en las paredes, y las seguí hasta lle-

gar a la mesa número catorce, saludé a la presidenta y le entregué mi carné de identidad. Ella leyó mi nombre y apellidos en voz alta y una de las dos personas que la ayudaban, ambas sentadas a su lado, puso una marca de bolígrafo en las listas que manejaba. Entregué los sobres vacíos a la presidenta y esta los introdujo en cada una de las urnas. Uno de los sobres era para el Congreso de los Diputados y el otro para el Senado.

Dejé el centro electoral con la satisfacción de haber cumplido un deber, que también era un derecho, aun cuando mi voto iba en blanco. Miré a un lado y a otro de la calle, pero no vi a nadie conocido con quien intercambiar impresiones o comentar simplemente el calor que empezaba a hacer ese día. Encendí otro cigarrillo y aspiré el humo con deleite. A medida que caminaba de vuelta a casa me crucé con otros electores que se dirigían al centro electoral, me hubiera gustado preguntarles qué iban a votar, pero seguí mi camino, no conocía a nadie.

No volví a pensar en las elecciones hasta las ocho de la noche, más o menos, hora en que habían cerrado las urnas, y encendí el televisor. Estaban dando en ese momento un avance informativo en el que un presentador indicaba que la participación había sido muy baja, la más baja de todos los comicios celebrados desde que había plebiscitos en Euzkadi. El locutor añadió que las elecciones se habían desarrollado sin apenas incidentes importantes que resaltar, «como corresponde a la madurez alcanzada por la ciudadanía a estas alturas de la democracia». Solo hubo algún incidente aislado en las provincias del norte y noroeste, donde las personalidades de la política y de las instituciones tuvieron que votar acompañadas de sus guardaespaldas, ante el miedo a las protestas y posibles altercados de algunos grupos pertenecientes a los partidos nacionalistas radicales. Eso fue todo. No dio ningún avance sobre los resultados.

Al parecer, dijo para justificar la falta de datos, el mutismo de los electores había sido infranqueable, lo cual hacía difícil cualquier estimación a pie de urna. Nadie había querido declarar su voto, de modo que las empresas de sondeos y predicciones no pudieron, como tantas otras veces habían hecho, arriesgarse a suministrar estimaciones. Encendí la radio y rastreeé las emisoras en busca de más información. Detuve el dial en una frecuencia en la que se decía más o menos lo mismo que en el canal público de la televisión: «No hay todavía datos fiables sobre los resultados».

## Capítulo 2. Los resultados

Sentado en mi sillón habitual del salón de mi casa, bebía una cerveza mientras miraba la televisión. Cambié de un canal a otro hasta que encontré uno privado en el que echaban una película del oeste. No es que me entusiasmen las películas de vaqueros, pero si la trama y los actores son buenos, me entretienen mucho. Mi mujer, en el sofá, leía una novela, despreocupada por la película —a ella le gustan las comedias románticas—, y por los resultados de las elecciones.

A las nueve puse el telediario de la cadena estatal. Elena cerró el libro y se levantó a preparar algo de cena. Antes de abandonar el salón para dirigirse a la cocina me preguntó:

—Julio, no sé qué hacer de cena. ¿Te apetece una tortilla y un poco de ensalada?

—Me parece bien. Ponle atún en escabeche a la tortilla.

—¿Cómo va el escrutinio, han dicho algo ya?

—Todavía no saben nada.

El presentador leyó los titulares de las noticias más relevantes del día. Comenzó con las elecciones, confirmando la baja participación ciudadana, como se había indicado en anteriores boletines informativos; dijo que aún no se tenían datos y que el Gobierno de la nación había informado de que la vicepresidenta comparecería ante los medios a las diez de la noche.

Cuando regresé al canal de la película del oeste, esta ya había acabado. Apagué la televisión y telefoneé a un amigo, exdiputado, ahora aspirante a senador, para ver si sabía algo más de lo que se decía en los medios. No disponía de información adicional a la que yo tenía.

Elena me llamó desde la cocina para avisarme de que la cena estaba lista. Yo me levanté del sillón, pensando que algo raro estaba pasando. ¿Por qué no había datos? Otras veces a esas horas ya se sabía algo.

A las diez habíamos terminado de cenar, volví al salón y puse el canal de la televisión estatal. Elena regresó también y se sentó con su libro. Estaban emitiendo un programa sobre los resultados electorales y, en ese momento, uno de los analistas políticos que participaba en el debate dijo que era muy raro que el Gobierno Central hubiera aplazado la comparecencia anunciada de la vicepresidenta. El escrutinio a esa hora era ya cercano al 70 %, pero el único dato que podía confirmarse era el de la abstención, que se hallaba en torno al 55 % de la población con derecho a voto. Este porcentaje, decían los contertulios del programa, demostraba la desgana del electorado, el desengaño con los políticos en general y la falta de alicientes de las promesas electorales de los candidatos; era un castigo a la clase política por la crispación que habían generado antes y durante la campaña electoral, con continuas descalificaciones e insultos; por la grave corrupción existente en ayuntamientos y administraciones públicas en general.

En esa discusión estaban cuando una llamada telefónica al presentador del programa interrumpió el debate. Dijo, después de colgar el teléfono, que la vicepresidenta del Gobierno, acompañada por el ministro del Interior, iba a comparecer en ese momento para dar una conferencia de prensa.

La cámara se paseó por una sala repleta de periodistas en la que, sentada detrás de una mesa alargada y del micrófono que tenía delante, la vicepresidenta, con cara de preocupación, se disponía a leer una nota informativa. El ministro del Interior, sentado a su derecha, con las manos encima de la mesa, una sobre la otra, mantenía un gesto de circunstancias.

La vicepresidenta, sin levantar la vista del papel, leyó con tono grave:

—Alcanzado el 95 % del escrutinio, el resultado arroja los siguientes porcentajes globales: la abstención ha sido de un 56 %. Del total de votos emitidos, insisto que con el 95 % de los votos escrutados, hay un 85 % de votos en blanco.

»En cuanto al Congreso de los Diputados, los resultados arrojan en porcentaje de votos un empate técnico entre el partido en el Gobierno y el partido de la Oposición, que se reparten el 10 % de los votos; las otras fuerzas políticas han obtenido un 4,8 %, que se distribuye de esta manera...

Leyó los datos de votos y porcentajes conseguidos por cada partido. A continuación pasó a leer los resultados correspondientes al Senado. Eran similares a los del Congreso. Y continuó diciendo:

—Hacia las doce de la noche, cuando el escrutinio sea cercano al 100 %, compareceremos de nuevo para darles los resultados por provincias.

—¡Vicepresidenta! —gritó un periodista, levantando la mano—, ¿cuál es su valoración política de los resultados?

—No contestaremos ninguna pregunta en estos momentos, ni haremos valoraciones políticas. En la próxima comparecencia que será a las doce podrán hacer todas las preguntas que deseen.

La cámara desvió el objetivo hacia el presentador de la televisión, que retomó el programa y dijo que en unos ins-

tantes el presidente del partido de la Oposición iba a comparecer para dar una conferencia de prensa. Conectaron con la sede de dicho partido en la que los periodistas con las máquinas fotográficas y de televisión esperaban la comparecencia del presidente de dicho partido. El operador enfocó el atril vacío y de vez en cuando desplazó el objetivo por la sala abarrotada de periodistas.

De súbito apareció el líder de la oposición con una sonrisa franca y, levantando los brazos en señal de triunfo, dijo:

—¡Hemos ganado las elecciones! El partido de la Oposición ha obtenido ciento cincuenta votos más que el partido en el Gobierno. Y no solo eso. El electorado, consciente del daño que este Gobierno ineficaz y corrupto está ocasionando al país, lo ha castigado con un voto mayoritario en blanco.

Dicho esto, añadió las palabras: «¡Viva Espanistán!», «¡viva el partido de la Oposición!».

Repetió estas frases hasta tres veces, ante el griterío de júbilo de los simpatizantes que se habían congregado en torno a la sede del partido de la Oposición con niños y banderas. ¿Cómo podía decir que habían ganado las elecciones? ¡Por ciento cincuenta votos de diferencia!

A las doce y media de la noche compareció la vicepresidenta del Gobierno para informar de los resultados globales con el escrutinio prácticamente acabado. Nada había cambiado con respecto a su anterior presentación. Los periodistas pudieron hacer sus preguntas, la mayoría de las cuales giraron en torno a si las elecciones tenían validez, habida cuenta del resultado tan abultado conseguido por el voto en blanco. La vicepresidenta explicó que «en estas circunstancias las elecciones tendrán que repetirse: el resultado no puede considerarse válido». Añadió que en los próximos días sería analizado el *insólito fenómeno* y perseguidos los culpables de ese acto de «conspiración contra